

Albert Schweitzer, Sociólogo

Por Jules CHAIX-RUY, de la Facultad de Letras de Argel.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Versión del francés por Oscar Uribe Villegas.

FUERA de su obra de moralista, de filósofo, de teólogo, de exégeta, así como de observaciones muy pertinentes que le debemos con respecto a la creación artística y a la correspondencia de las artes, Albert Schweitzer nos ha dejado acerca de la vida de las poblaciones de Gabón, de su mentalidad, de sus aspiraciones éticas, preciosas observaciones que bastarían para clasificarlo entre los sociólogos más advertidos de nuestro tiempo.

No hay ciencia que exija más cualidades que la sociología, y cualidades son las que ésta exige que casi podrían considerarse como contradictorias: conocimientos muy extensos que no pueden adquirirse si no es al precio de una larga estancia entre las poblaciones a las que, comúnmente, y a falta de término más apropiado, se denomina primitivas; un sentido de lo esencial que importa distinguir inmediatamente de lo accidental y variable; en fin, una aptitud para captar bajo el revestimiento de groseras supersticiones —absurdas en apariencia— el encaminamiento de un proceso de pensar que busca lo inteligible en su lucha con la angustia que lo asalta.¹ Son tan numerosos los hechos, tan incoherentes en apariencia, tan refractarios a toda tentativa de clasificación y de explicación, que se necesita de una paciencia extraordinaria para descubrir un hilo conductor. Por añadidura, —tal y como percibió

1 A este respecto, es un modelo la obra de M. Leenhardt, cuya muerte reciente tenemos que lamentar, titulada: *Dokamo: la persona y el mito en el mundo melanésico*, publicada por Gallimard en 1947.

Levy-Bruhl en sus últimos escritos—² se encuentra el investigador frente a un verdadero dilema: o bien renuncia a descubrir una medida común entre la mentalidad “prelógica” del primitivo y la nuestra, ateniéndose entonces a la apariencia, a las fábulas míticas que recubren una experiencia y un primer esfuerzo de interpretación, y, en ocasiones, incluso llega a tomar por dinero contante y sonante los relatos más extraordinarios, olvidando que el primitivo —como el niño— se siente feliz de ser interrogado, que, por ello, miente sin quererlo expresamente por el solo deseo de inventar y que se complace incluso muchas veces en mistificar, o bien somete demasiado rápidamente a los cuadros rígidos de nuestra lógica un pensamiento que se encuentra sumergido aún en el sentimiento; se traducen entonces en conceptos y nociones ya elaboradas, emociones e impresiones que no marca aún el sello de la personalidad; se descuidan el peso que representan la obsesión y el temor, las finalidades de un comportamiento que no tiene otra meta que no sea la de sobrepasarlos... La aplicación de un principio único de explicación es aquí, por tanto, particularmente perjudicioso. Quien pretenda pasar por alto —por ejemplo— el significado múltiple, polivalente de las máscaras, se expondrá a errores groseros. Albert Schweitzer, a pesar de su prolongada estancia en la selva virgen de Gabón, no ha avanzado sino cautelosamente. Con todo, una hipótesis ha dirigido su investigación aun cuando no la haya formulado expresamente: mitos que nos parecen de lo más extraño, ritos que podríamos considerar como absurdos, conductas e instituciones de lo que más sorprendente tienen como punto de partida una experiencia que el primitivo se esfuerza en interpretar, conflictos que él mismo trata de resolver, amenazas que se esfuerza en detener o apartar y que provienen de peligros que para nosotros son imaginarios pero que son para él muy reales. Es por eso por lo que los temas habituales de la posesión, de la persecución, los exorcismos e incluso las palabras proferidas y los gestos realizados, según un mecanismo meticuloso³ sean —tal y como lo había hecho notar Georges Blondel— comunes a los primitivos y a los dementes. En efecto, se trata, para unos y otros, de calcar una explicación sobre una experien-

2 Lucien Levy-Bruhl tuvo el raro mérito de someter a su propia crítica el concepto de “participación” que había elaborado.

3 Podrá leerse con interés, a este respecto, la novela de Levy, Carlo: *Il Cristo si è fermato a Eboli*. Eboli es una aldea situada a 60 kilómetros de Salerno, en la montaña, en donde subsisten supersticiones muy antiguas. Pueden consultarse, por ejemplo, las páginas sobre la medicina y la brujería, acerca del carnaval de niños, etc.

cia cargada de afectos, apesurada por el temor; de establecer barreras frente y contra conflictos dolorosamente resentidos porque los mismos ponen en peligro la solidaridad del grupo, las creencias a las que el grupo está sometido, la vinculación interna o intrínseca de generaciones que se suceden en él según misteriosas correspondencias.⁴

El pensamiento procede conforme a una lógica de extremado rigor, pero según tipos explicativos que nos despistan.⁵ A partir de ideas admitidas sin discusión, mitos, ritos, prácticas de todas clases surgen y proliferan para responder a los problemas de adaptación y defensa que se plantean. De ahí también la insuficiencia de dos directrices de pensamiento que, tras haber dividido a la filosofía y a la psicología, solicitan en sentido contrario a la sociología: unos, siguiendo a Emile Durkheim, se esfuerzan en derivar las religiones más ricas en sentido espiritual, de las “formas elementales de la vida religiosa”, de las supersticiones más groseras, de los lazos de participación experimentados y sentidos más que conocidos; ignoran deliberadamente la complejidad extrema del más pequeño de los mitos, la coexistencia en toda mística, de elementos de origen diverso: ancestrolatría, prohibiciones o interdicciones y tabús, totemismo, búsqueda de una explicación producto de la reflexión (reflexionada si no racional) los otros, por su parte, no desean ver sino sus exigencias de pensamiento y de “corazón” en las supersticiones más visiblemente ligadas a la angustia y al deseo de dominación; no toman en consideración el obstáculo que una afectividad no controlada, los complejos de frustración y de agresividad, la ansiedad sexual, las interdicciones grupales, oponen a todo esfuerzo de liberación. Las observaciones de Maurice Leenhardt nos han revelado justamente cuáles son las trabas que encuentra la personalidad que, lejos de hallar en el espíritu el apoyo que busca, no debe sino al cuerpo el poder tomar confusamente conciencia de sí misma;⁶ tenemos una tendencia demasiado marcada a simplificar; queremos que la mentalidad del primitivo sea *de una pieza*, siendo así que en ella, los temas más diversos y que en ocasiones parecería que debieran excluirse, coexisten. De una parte, trata de interpretar los influjos que le atraviesan y que provienen de la corriente vital a la que está ligado, y todo lo que concierne a la sexualidad

4 Por una notable intuición, Auguste Comte afirmaba que “la Humanidad vive más por sus muertos que por sus vivos”.

5 Es así como se interpretan los sueños de acuerdo con una mentalidad “prelógica” pero conforme a las reglas más estrictas de la lógica. Es el doble de quien duerme el que viaja al través del espacio o del tiempo.

6 Ver la conclusión de la obra ya citada de Leenhardt: *Dokamo*.

—sobre todo en la mujer, que se encuentra más próxima a esta corriente— es para él, objeto de un temor y de una atención asombrada; de otra parte, siente que sobre él pesan, por todas partes, amenazas difusas y, por sobre todo, el misterio de la muerte le preocupa; que un ser que minutos antes conversaba y se movía ya no sea, es un acontecimiento imprevisto que le hunde en una especie de terror sagrado. De ahí la incapacidad del primitivo para admitir el que esa muerte súbita pueda tener una causa natural. ¿A qué asombrarse de que busque canalizar esta vida que circula en torno suyo, alejar las amenazas y, sobre todo, reforzar las barreras que separan a lo muerto de lo vivo, fijar sobre la casa la influencia benéfica del antepasado, pagar su deuda hacia aquellos a quienes cree haberles causado sufrimiento o de cuya desaparición se considera asimismo causante, en fin, evitar con exorcismos el peligro de un posible retorno o de una venganza de los desaparecidos por medio de presentes, o mediante danzas y máscaras.⁷ Todas estas actitudes no nos parecen absurdas sino porque descuidamos la fuerza de las impresiones o de las obsesiones del primitivo, pero, cabe preguntar si es que nosotros mismos hemos llegado a vencer todas esas ansiedades. Bergson⁸ trató de mostrar los rasgos de mentalidad primitiva existentes en el hombre civilizado; tan pronto como la desgracia se abate sobre nosotros, nos creemos víctimas de la mala suerte; recurrimos a fetiches; de nuevo nos rodea un mundo hostil cuya confusa amenaza tratamos de alejar. La porción de lo inexplicable sigue siendo demasiado grande para que podamos librarnos de ella.

7 Por sí solos, los sueños requerirían de un análisis detenido. Es bien sabido que Levy-Bruhl había visto en ellos la prueba de la ausencia del principio de identidad o de no contradicción entre los primitivos; él mismo no dudaría en afirmar que se encuentra al mismo tiempo en dos lugares diferentes o en dos épocas distintas. El problema es, de hecho, más complejo y Gurvitch acaba de contribuir a aclararlo mediante su distinción de tiempos y ritmos temporales sociales diferentes a los que el hombre pertenece simultáneamente (véase *Determinismes sociaux et liberté humaine*. Presses Universitaires de France, 1955). Conviene señalar asimismo que el primitivo no se atribuye a sí mismo, sino atribuye a su doble o a su espíritu el poder de desplazarse en el espacio o de moverse en el tiempo, y que no hay contradicción alguna en que, desdoblándose sea quien duerme y quien conversa con antepasados desaparecidos o quien recibe una advertencia premonitoria. Muchas experiencias de visión a distancia, de telepatía, etc., prueban que desgraciadamente sabemos poco de las barreras que llamamos el espacio y el tiempo, como puede verse en la obra de Robert Amadou sobre la psicología, publicada en 1954.

8 En *Les Deux Sources de la Morale et de la Religion*. P. U. F., 1937.

Albert Schweitzer no ha caído en ninguno de estos errores. Justamente por haber podido observar muy de cerca el comportamiento de los primitivos a quienes hubo de cuidar física y psíquicamente, y por poseer grandes capacidades en cuanto a paciencia y buena acogida, Schweitzer ha sabido percatarse de la complejidad de su pensamiento encubierta bajo la aparente simplicidad de sus reacciones. Así es como no ha subestimado sus posibilidades de comprensión y de evolución, sin descuidar por ello la barrera, a veces insalvable que oponen al médico o al misionero convicciones tanto más difíciles de vencer cuanto que se consideran como las únicas capaces de alejar del individuo peligros por los que, en todos los momentos de su vida, se siente amenazado; peligros tanto más temibles cuanto que son más malamente discernibles, ya sea que surjan de una naturaleza desmesurada o que se eleven de las profundidades de lo inconsciente en donde se han depositado las impresiones infantiles y las emociones colectivas, o sea que provengan de una hostilidad siempre latente. Los mundos de los vivos y de los muertos continúan estando tan próximos el uno del otro que sólo las danzas sagradas, las invocaciones del hechicero dotado por este hecho de un poder ilimitado, pueden proteger y defender contra intrusiones amenazadoras. En fin, el primitivo como el demente, es muy sensible a la atmósfera que le rodea, al "campo" en el que circulan influencias benéficas o maléficas: experimenta intensamente la envidia, los celos, la cólera que le agitan; como ignora, además, las causas reales de los sufrimientos que llegan a alcanzarle, recurre a los sacrificios y ritos propiciatorios para su defensa en contra de los encantamientos y sortilegios. Se baña en una corriente de vitalidad de la que, no sin inquietud, observa las peligrosas variaciones. Basta con que cambie de curso o se flexione esa corriente para que sienta amenazadas las solidaridades que le unen a los demás, así como su propio poder ¿cómo no ha de recurrir entonces a los exorcismos y no ha de demandar la ayuda del hechicero? Hasta el día en que encontrará al gran doctor al que le pedirá lo imposible, de quien exigirá la defensa —a su manera— contra los maleficios de los vivos y de los muertos; tal es el caso del jefe de tribu que lleva a su hijo moribundo a Albert Schweitzer, exigiéndole el que lo sane antes de que la sombra del árbol viejo llegue a apagar el brillo de la luna. Todos los guerreros armados forman en torno del doctor y de su enfermera, un círculo tanto más amenazador cuanto que los rasgos están mucho más marcados por el tatuaje y por la fijeza del sentimiento. Será preciso que el doctor consienta en la operación con los medios de fortuna de que dispone, ya

que cualquier dilación o retardo no podrían ser aceptados. Sólo un milagro podría preservarle a él y a los suyos del ciego furor de la tribu.

Por esta observación y por otras más típicas aún, como los sacrificios de niños que él no podrá impedir, Albert Schweitzer ha llegado a discernir las “estructuras” casi contradictorias de un pensamiento que se alimenta o bebe en las fuentes más diversas: por una parte, en el flujo de vitalidad que circula al través de las capas más bajas del inconsciente cósmico y social; por otra parte, en las aspiraciones de una conciencia moral incapaz de expresarse si no se relaciona con el Espíritu que no puede ser sino una persona. Sólo un conocimiento exacto de las capas superpuestas de las que está constituido el pensamiento del primitivo, nos permitirá iniciarlo en una religión penetrada de espiritualidad y rica en valores éticos como el cristianismo.

“Los datos históricos del cristianismo —escribe Schweitzer— siguen siendo, en cierta medida, extraños al indígena. La historia no ha tomado su sitio en su concepción del Mundo. No pueden valorar el tiempo que nos separa de Jesús. Asimismo, se tienen dificultades para hacerles comprender los artículos de fe que definen el modo en que la redención habría sido preparada y realizada de acuerdo con el plan divino. Por otra parte, toma rudimentariamente conciencia de la redención por sí misma. Para él el cristianismo es la luz que brilla en las tinieblas de estas angustias, le da la seguridad de que no está a merced de los espíritus de la naturaleza y de sus antepasados, ni de los fetiches, le asegura que el hombre por sí solo no posee ningún poder mágico sobre sus semejantes,⁹ y que, en cambio, sólo la voluntad divina obra en todo lo que sucede.”

Conozco pocos textos que sean más reveladores de la mentalidad del primitivo, y que expliquen mejor a qué influencias la somete la superstición. El doctor Schweitzer ha comprendido qué peso angustioso gravita sobre el espíritu del negro y en qué abismos de oscuridad le sumerge. Será preciso, para librarlo de lo que la enfermedad y la muerte tienen de natural, hacerle percatarse de su carácter normal; substituir la multitud de espíritus de los que cree depender y a los que atribuye las pasiones y los deseos de venganza que observa en sí mismo, por un Espíritu único cuyas leyes gobiernan el mundo al que orientan esas mismas leyes hacia el reino de la justicia. Esta no es una tarea fácil: “es preciso vivir en medio de los indígenas —escribe Schweitzer— para percatarse de lo que representa para un primitivo que se ha hecho cris-

9 *Forêt Vierge*, pp. 202-203.

tiano, la renuncia a prácticas tradicionales del tipo de la venganza o de una muerte por otra” —y del castigo de una muerte por otra, a menudo arbitraria—, para acostumbrarlo así “a considerar a la muerte como algo natural” en lugar de ver en ella la consecuencia de un acto de hostilidad o de una práctica de brujería contra la que es necesario precaverse por medio de sacrificios, o vengarse por el derramamiento de sangre. Enseñarle el respeto a la vida y a la voluntad que la mantiene es, justamente, preparar al primitivo para que comprenda el sentido ético del cristianismo; llevarle a que entienda lo que es el sacrificio interpretado según esta verdadera significación espiritual que un pensamiento perdido en el laberinto de la angustia ha dejado de percibir. Este sentido puede ser despertado siempre, porque hay otras esferas en este espíritu extraviado por sus propias alucinaciones.

“No nos imaginemos en lo mínimo haber descrito los pensamientos de un negro haciendo un inventario exacto de las supersticiones y de las nociones jurídicas que les son transmitidas por sus antepasados. No nace en forma alguna con estas ideas, pero les está sometido. En su fuero interno, presionan oscuramente en el sentido de que la concepción de que lo que es bueno debe resultar de la reflexión. A medida que aprende a conocer los grandes principios morales de la religión de Jesús, llega a expresarse en sí mismo algo que hasta ahí había estado mudo, y algo que hasta entonces le ataba, se desanuda.”¹⁰

¿Cómo no admirar esta fórmula tan exacta y justa? Se trata, en efecto, de desligar lo que estaba anudado, de deshacer el nudo formado por las ansiedades, los temores, las alucinaciones que la angustia ha suscitado. El héroe de François Mauriac también debe liberarse del nudo de víboras que han trepado al llamado de las presiones y de la desconfianza. Esta liberación se hace más fácil aquí por un secreto sufrimiento que invoca al amor, ahí por la consistencia de sentimientos muy puros y de ideas ya claras, por la presencia de una conciencia moral que está deseosa de justicia y que es capaz de generosidad. Schweitzer cita numerosos ejemplos de ello: sorprendido por un huracán, un europeo que iba a quejarse ante el jefe de distrito contra los negros de una aldea a quienes acusaría de daños de poca importancia, habría de ser salvado por estos indígenas de una desgracia cierta. Responder al mal con el bien exige un sentido moral muy puro del cual se encuentran muy pocos testimonios entre los civilizados.

10 *Opus cit.*, pp. 203-204.

Por tanto, en el esfuerzo que debemos intentar para liberar a pueblos de los que nos hemos hecho responsables ante Dios —pues es ésta, según creo, la verdadera definición de toda tarea colonizadora— nos enfrentamos a dos obstáculos: el primero, proviene de la estructura de las sociedades primitivas y de los factores económicos que determinan esta estructura, el segundo, que deriva de nuestras propias deficiencias, de la “pérdida de prestigio que entrañan nuestros desacuerdos, de nuestra propia incapacidad, sobre todo, para poner nuestros actos en concordancia con nuestros principios.

Tales son los otros dos puntos sobre los cuales ha fijado su atención Albert Schweitzer. Entre las sugerencias que aporta, hay una que nos parece particularmente fecunda, y que trataremos de dejar indicada rápidamente.

No podemos pensar en proponer a los primitivos una concepción ética que estimamos como de un valor muy superior, sin habernos dedicado previamente a modificar el conjunto o la totalidad cultural y las servidumbres económicas a las que están sujetos. Un ejemplo de esto nos lo proporciona la poligamia. No basta con estimar que la misma debe desaparecer y con oponerle la institución del matrimonio tal y como existe entre nosotros. La historia parece confirmar en efecto —y ya Durkheim lo había dicho en una de sus mejores monografías—¹¹ que la evolución se hace en este sentido: la moral misma parece confirmar que debe ser así para que la mujer sobre la que pesan continuamente tabús, interdicciones y obligaciones que provienen de antiguas civilizaciones nazca a la dignidad de persona y vea que se le reconocen derechos efectivos. Pero, introducir la reforma que parece imponerse sin haber creado previamente las condiciones de esta reforma, sería arriesgarse a caer en errores muy graves; si descuidamos poner en su sitio los andamiajes necesarios, todo el edificio social que se ha elaborado en el curso de siglos correría el riesgo de ser destruído sin que hubiera llegado a ponerse sea lo que fuere en el lugar adecuado para encuadrar y dirigir la actividad del indígena. Son, por tanto, las condiciones mismas de la vida económica, es la estructura social, es el medio cultural lo que se necesita transformar, y esto no puede ser sino una obra de amplio aliento. “En efecto, ahí en donde la población vive en casas de bambú y donde la sociedad no está organizada en forma que permita a las mujeres ganarse la vida por medio de un trabajo independiente, no hay lugar para la mujer célibe,

11 Consúltese su monografía sobre “Le Mariage”.

y la poligamia es la condición primera del matrimonio de todas las mujeres.”

¿Cómo impedir, además, el que el indígena tenga varias esposas en un país en donde el amamantamiento se prolonga durante tres años, durante los cuales la madre vuelve a su propia familia, siendo sólo el destete el que, marcado por la celebración de grandes fiestas, habrá de permitirle regresar a casa de su marido? Conviene agregar a estas dificultades y a las que provienen de la falta de vacas y cabras lecheras en la selva virgen, las prescripciones de la moral social que impone como deber del pariente más próximo de alguien que muere, el recoger a la mujer y a los niños que deja; de ahí la frecuencia de esos matrimonios que nos desconciertan. Aquí están, por tanto, las condiciones económicas y de *habitat* mismo que habría necesidad de modificar:

“Desde que un grupo humano habita en casas bien construídas formadas por varias piezas, desde que se dedica al cultivo o a la cría de ganado, la poligamia desaparece por sí misma, porque deja de ser requerida por las condiciones mismas de existencia a las que deja de acordarse. En el pueblo de Israel, gracias a los progresos de la civilización, la monogamia ha reemplazado sin lucha a la poligamia. En el tiempo de los profetas, las dos costumbres existían aún, pero en tiempo de Jesús, ya no se habla de poligamia.”

No nos escudemos, con todo, tras un hipócrita fariseísmo: la poligamia puede marchar al parejo con costumbres extremadamente puras, y la armonía reina a menudo en la familia del indígena; el amor puede penetrar ahí perfectamente. No es raro el caso de jóvenes esposas que aceptan la dirección de la primera mujer de su propio marido y que le ayudan a cuidarse, sin manifestar celos o envidia. La monogamia es muy a menudo, por el contrario, una cortina que oculta la vida verdadera de una familia sobre la que se abate la discordia y en donde reina la indisciplina de costumbres. El teatro ha sacado, sin vergüenza alguna, innumerables situaciones cómicas de esos “ménages *a trois*” o *a varios*. El divorcio no hace, a menudo, sino sancionar una situación de hecho. Por otra parte ¿qué diferencia hay desde el punto de vista moral, entre los usos que establecen la obligación dotal para la mujer y las que imponen al marido indemnizar a la familia de la joven codiciada? Estas prácticas son —una y otra— susceptibles de ser consideradas morales o inmorales según la intención que las dicte. Que el indígena se prive por mucho tiempo de lo necesario para estar en posibilidad de casarse con aquella que ha clegido libremente no tiene nada de extraño. “Que el hombre, en su matrimonio —escribe Schweitzer— reciba dinero de la

familia o lo dé es algo que responde a lo mismo, en principio. En los dos casos, es un asunto de dinero, basado en convenciones sociales, que se concluye o liquida con el matrimonio. Lo que importa, entre nosotros tanto como entre los pueblos primitivos, es que esta costumbre sigue siendo un factor accesorio y no determina para nada la elección. No tenemos que combatir la compra de mujeres por sí misma, sino que ejercer sobre los indígenas una acción educativa a fin de que la joven no sea entregada a quien ofrece más, sino a quien pueda hacerla feliz y a aquel por quien ella pueda experimentar alguna inclinación." Anotación muy justa, puesto que, en tal forma, se hará que converjan factores éticos y factores económicos, con lo que el indígena estará menos dispuesto a buscar otras esposas si experimenta un sentimiento real y profundo por la joven elegida.

Es por medio de procedimientos semejantes a estos como se hará desaparecer una de las plagas de los países ecuatoriales: la intermitencia del trabajo, que no proviene tanto de la pereza del indígena como de su repugnancia por enajenar su libertad. El no concibe que se pueda trabajar por necesidad, puesto que pocas cosas le bastan; mucho menos puede entender que se trabaje por placer, ya que el trabajo pronto se hace penoso en tales climas. Por lo mismo, no se puede actuar sobre él, modificar su carácter, su concepción de la vida, sus disposiciones mismas, que suscitan en él necesidades y que solicitan su atención hacia otros cambios. Por desgracia, muy a menudo es el alcohol el estimulante, y el interés del pueblo que se dice "civilizador" le lleva a arrojar por la borda principios nobles que sustenta. A falta de necesidades nuevas, se ofrece un solo medio: *la violencia*. Y, en cierta medida, se corre el riesgo de que la misma se convierta en necesaria. ¿Cómo hacer retroceder la selva virgen, construir pistas y caminos, fundar hospitales y escuelas sin restringir la libertad de los primitivos? Sólo que, tan pronto como se pone el pie en una vía fuera de la cual ningún progreso material y social es posible, resulta muy perjudicial detenerse: en efecto, ¿cómo llegar a defender al indígena en contra del trabajo forzado, en contra de la nueva forma de esclavitud que le amenaza? ¿No se corre el riesgo de librarlo de las obsesiones que pesaban sobre él y de las servidumbres que le afligían para dejarle librado al egoísmo de empleadores sin escrúpulos, a su rapacidad y a su avidez? El sistema de concesiones no ha hecho, muy a menudo, sino llegar a este resultado: a dejar al indígena en manos de la sociedad explotadora como una cosa privada de todos sus derechos. Todo dependerá, por tanto y en definitiva, del sentido ético de quienes

dirijan la sociedad, y podrá decirse, sin paradoja, que es a ellos muy a menudo a quien habrá necesidad de reeducar.

Y no dejemos de agregar, para ser justos, que precisa ver las cosas de muy cerca y no desde una oficina parisina o desde una academia o al través de una prédica de moralista. El indígena no siempre tiene razón: sujeta a duras pruebas, muy a menudo, la paciencia de sus empleadores a quienes opone indolencia o indiferencia. A. Schweitzer hizo la prueba a menudo: un día, tras haber recomendado a un sirviente negro que llevase al río unas cajas roídas por las termitas, las volvió a encontrar . . . en su laboratorio. El más indulgente se impacienta: Ya no me arriesgo a juzgar desde que he aprendido a conocer, cuidando a blancos, la mentalidad del hombre encargado de realizar una tarea material, pues he llegado a comprender que muchos de los hombres que actualmente hablan sin caridad alguna de los indígenas llegaron un día cargados de idealismo. Los conflictos cotidianos les agotaron y desalentaron”.

¿Cómo podría ser de otra forma? A más de los riesgos que corren, de los peligros de la selva virgen, de las enfermedades que les rodean, de las incertidumbres que provienen de la abundancia más o menos grande de lluvias y de sus repercusiones sobre el corte de los árboles y sobre su transporte (que requiere el afloramiento del agua en los lugares requeridos para llegar a tiempo), se agregan las exigencias de las compañías empleadoras que esperan de ellos ganancias remuneradoras. A ellos se les hará responsables de cualquier fracaso, de cualquier retardo, y es así como se vuelven duros por necesidad librados a la mala fe o a la apatía. Es ahí en donde se anuda todo el drama de cualquier empresa colonizadora.

Se anuda dicho drama en la antinomia que opone, en el plano temporal de la existencia, los imperativos de la ética y las prescripciones de la política; antinomia que aquí se encuentra agravada. El problema que se plantea no sería tan trágico si los intereses de la civilización y los de la colonización pudieran ser conciliados. No hay, en efecto, que engañarse: la oposición es de tal tipo que, a menudo, no se ve cómo ponerle fin. El interés del indígena estaría en que se le transformasen lentamente y con prudencia los marcos de su existencia, que se mantuviera, adaptándola progresivamente a nuevas condiciones de vida, una civilización quizás arcaica pero que seguirá siendo indispensable para él por mucho tiempo aún: los oficios indígenas, por ejemplo, se encuentran por doquiera en retroceso, “en tanto que el verdadero progreso civilizador exigiría la formación de una clase de artesanos capaces”. Pero el pueblo colonizador se preocupa de explotar el suelo y el subsuelo del país, se

preocupa de crear o establecer con el país cambios que le sean rendidores, de hacer proyectos para descubrir riquezas de las que poder ser beneficiario, de evitar, sobre todo, presupuestos grandemente deficitarios; asimismo, renunciará a desgana a vender lo que puede ofrecer.

Se ve mal a los administradores que proponen a la metrópoli medidas humanitarias ¡que acrecentarían el déficit de explotación! Se requiere, por tanto, arrancar al indígena de su aldea, fijarle lejos de su medio familiar durante largos meses, siendo así que “no es sino en su aldea en donde sirve para algo”, porque encuentra ahí el apoyo de sus parientes; “aislado de su medio, pierde algunos principios de moralidad que poseía, muy a menudo sin que llegue a adquirir otros. Se convierte en el ejemplo mismo del desarraigado. Al contacto de una civilización venida de fuera, la civilización autóctona se fragmenta, se desmigaja... Los indígenas están aislados, cortados de sus tradiciones, frente a una administración centralizadora que no ve en ellos sino medios, o peones que desplazar sobre un inmenso tablero.

¿Habrà que contar con los progresos de la instrucción para crear una nueva cultura? Ella logra la emancipación de los indígenas antes de haberles dado las posibilidades que les faltaban. En tales condiciones se convertirán en algo de lo peor que hay en este mundo, en intelectuales orgullosos de poseer unos cuantos conocimientos superficiales, pero que no tienen conciencia de su verdadera incapacidad. No es este tipo de ciencia “llave maestra” lo que habrá que llevar ahí, o, por lo menos, convendría reservarla para un grupo selecto a fin de que dicho grupo experimentase la necesidad de profundizar. El indígena demasiado instruído pierde en demasía los contactos con su medio y se ve librado prematuramente y sin defensa a todas las tentaciones de las grandes ciudades y a sus sofismas. Más valdría prepararlos para las tareas técnicas que les esperan y no exponerlos a un declasamiento por arriba, que les cercenará de sus raíces. La utopía es, en ciertos casos tan perjudicial como cierto “realismo”.

Tales son las principales reflexiones que nos propone Albert Schweitzer. Se ve que contempla con cierta inquietud cómo desaparece el respeto que, antes de estas guerras inhumanas, había consagrado el indígena a su hermano mayor de Europa. Este sería el sentimiento al que deseáramos apelar como resorte de la vida ética. El drama de la hora presente estriba en que ya no cree en nuestra superioridad, en que nuestro prestigio se ha debilitado y en que, muy a menudo, ha sido necesario reemplazarlo por el temor o la violencia. El drama, para el indígena, estriba en que pide una liberación para la que no está maduro. El pater-

nalismo le sería benéfico aún durante mucho tiempo, pero ¿cómo ir contra lo que se llama “progreso”, es decir contra la popularidad o boga de ciertas ideas que nosotros mismos hemos esparcido con el alcohol o la coca-cola, esos testimonios de esta civilización nuestra que desearíamos fuese más auténtica? La tarea de los administradores, tanto como la de los misioneros, debe consistir en llevar a esos pueblos, normas éticas sobre las cuales puedan fundar un nuevo modo de vida y más altas aspiraciones.